



Fig. n.º 14.- Eneko Andueza Lorenzo, (2020): *Los toros, desde la izquierda*, Bilbao, Edita Servisistem, Colección Tauromaquia, 240 págs.

**E**neko Andueza Lorenzo: *Los toros, desde la izquierda*, Bilbao, Servisistem, 2020, 240 páginas. Prólogo de Carmen Calvo Poyato.

El libro de Eneko Andueza tiene un propósito muy concreto, el de eliminar o al menos achicar la etiqueta de que los toros son un exclusivo patrimonio de las derechas, una tradición alimentada solamente desde el conservadurismo nacionalista español. Por el contrario, su argumentación, desgranada en siete

magníficos capítulos, lleva a la conclusión contraria, al dato demostrado de que la tauromaquia ha estado y está igualmente vinculada a las izquierdas, porque el pensamiento progresista ve en los toros una manifestación que no se opone a los valores que ha sustentado desde siempre y que son sus señas de identidad: la igualdad, la justicia social, la defensa del medio natural, el internacionalismo, la cultura al alcance de todos. Solamente, querría hacer una ligera matización: los ilustrados del siglo XVIII, los liberales del siglo XIX, las izquierdas del siglo XX (y del XXI) han mantenido siempre una cierta reticencia hacia la fiesta de los toros a causa de la crueldad que supone el trato infligido a los animales (banderillas, varas, estocadas, descabellos, puntillas). Algo que tampoco debemos ocultar.

Dicho esto, el autor en el primer capítulo da varios ejemplos de que ese “acontecimiento nacional” que son los toros (Enrique Tierno Galván *dixit*) es compatible con el pensamiento (e incluso la militancia) de izquierdas. Por un lado, se insiste en el conocido hecho de que el dirigente socialista Indalecio Prieto fue un indiscutible aficionado aquí y en su exilio mexicano. Y lo mismo se puede predicar del dirigente sevillano José Díaz, afiliado al Partido Comunista de España, miembro del Comité Central y Secretario General, que pudo declarar que “lo peor de vivir en el exilio en Rusia es que aquí no hay corridas de toros”. Otro ejemplo lo da el “camarada Domingo”, de la taurina familia de los Dominguín, que fue un miembro destacado del Partido Comunista en la clandestinidad, amigo de Jorge Semprún y Javier Pradera, fundador de la Unión de la Industria Cinematográfica junto con Juan Antonio Bardem y contribuyente asiduo de las cajas de resistencia de su partido. Sin abandonar el mundo de la tauromaquia, el famoso toro de Osborne (del que Lluís Basset ha dicho que es “la mejor valla publicitaria que existe, el acierto más pleno de todos los tiempos en lo que se refiere a la publicidad exterior”) es obra del genial Manuel

Prieto, militante del Partido Comunista de España y conocido cartelista republicano durante la guerra civil. Lo mismo puede decirse de los dibujos de Andrés Martínez de León, entre otras cosas cartelista taurino, que por sus ideas conoció duros años de cárcel y que se salvó de milagro de ser fusilado por las huestes de Franco. También fueron rojos hasta la muerte los toreros Gregorio Sánchez (cuyo padre, como el de Manolo González, fue asesinado por los franquistas), Antonio Chenel “Antoñete” (que declaraba: “yo siempre he sido Rogelio, de los perdedores, de los del color de la sangre) y, más recientemente, José Miguel Arroyo “Joselito”, quien según sus palabras nunca se había llevado bien ni con el poder ni con la Iglesia, definiéndose como rojo, republicano y anticlerical, y que tanto dio que hablar cuando apareció vistiendo una camiseta con el retrato del Che Guevara (una foto del cual asistiendo a una corrida en Las Ventas se muestra en la contraportada del libro).

Un segundo capítulo se ocupa de la intervención militar de diversos practicantes de la tauromaquia en el transcurso de la guerra civil. Muy conocido es el caso de la llamada Brigada de los Toreros (que ha merecido los honores de una monografía reseñada en esta revista), pero menos el de los toreros integrados en la Sexta Compañía del Batallón “Largo Caballero”.

La actitud en pro de la justicia social se demuestra igualmente con una serie de ejemplos. Destacamos el apartado dedicado a Joselito, promotor de una tauromaquia popular a través de la creación de las “plazas monumentales”, que persiguieron el abaratamiento de las entradas frente a los altos precios de otros ruedos. La enemiga del *establishment* elitista y conservador no impidió la inauguración de la Monumental de Sevilla (que también se ilustra con más de una monografía), pero el proyecto fue truncado por la muerte del gran torero. Otro apartado se lo llevan, por un lado, la alusión a las “corridos comunistas” de la democracia (en especial la celebrada en Sanlúcar de

Barrameda el 25 de septiembre de 1977 en honor de Rafael Alberti) y, por otro, el auge del sindicalismo taurino, inaugurado a principios del siglo XX con la Asociación de Picadores y Subalternos, continuado por la creación del Montepío de Toreros (en 1909) y finalmente seguido por las agrupaciones taurinas en el seno de la UGT y de Comisiones Obreras y también por la ejemplar Unión Nacional de Picadores y Banderilleros Españoles (de 1977).

El capítulo cuarto, que trata de los valores ecológicos, recoge los argumentos repetidos de la necesidad de la conservación del toro de lidia como especie única y del papel de la tauromaquia en la preservación del medio natural. Y el siguiente capítulo se detiene en su función, menos aireada, de sostenedora del Estado del Bienestar y de la faceta, más conocida y divulgada, de su contribución a la creación de empleo y de riqueza.

Más original es el capítulo sexto, dedicado a apoyar la causa feminista (quizás la más importante y urgente en estos momentos en términos generales) y a señalar el papel de la izquierda a la hora de promover la presencia de la mujer en el ejercicio práctico de la tauromaquia. Aquí, resulta dramático el contraste entre la actitud progresista de la Segunda República y la posición reaccionaria de la dictadura franquista. El primer caso se ilustra sobre todo a través de la figura, realmente heroica, de Juanita Cruz, pionera de un toreo femenino en igualdad de condiciones que el de los hombres. Aquí, el 18 de julio de 1936 significó un puntillazo para esta corriente, que hubo de confiarse en una dura lucha de retaguardia, solamente aliviada por el éxito de la rejoneadora chilena Conchita Cintrón. La inminencia de la restauración de la democracia propició en 1974 la famosa corrida de Ángeles Hernández “Ángela” en la localidad extremeña de Jerez de los Caballeros, lo que llevó a la presencia en los ruedos de figuras como la de Cristina Sánchez en los años noventa.

El capítulo séptimo demuestra que la tauromaquia no tiene fronteras, como recientemente ha puesto también de relieve el espléndido libro de Jean Baptiste Maudet. Aquí se ofrecen ejemplos puramente españoles. Por un lado, la afición a los toros de varios distinguidos dirigentes de Esquerra Republicana de Catalunya, como Francesc Macià o como Lluís Companys, el presidente de la Generalitat asesinado en Montjuic por un pelotón de fusilamiento franquista. Y por otro lado, se señala la figura de Jon Idígoras, el conocido militante de Herri Batasuna, que se calificaba a sí mismo en sus memorias como “un militante obrero con aficiones taurinas”.

En el capítulo final, dedicado a la cultura, deja a un lado los argumentos típicos de tantos escritores y artistas aficionados a los toros, defensores de la tauromaquia contra viento y marea, para centrarse en dos cuestiones. Una de ellas, que se sustancia en unos párrafos, es el paso dado por el presidente socialista José Luis Rodríguez Zapatero al firmar el decreto que en 2011 traspasaba todo lo concerniente a los toros desde el ministerio de Interior al ministerio de Cultura, reconociendo así el verdadero hábitat de la tauromaquia. Por otro, se centra en cuatro figuras señeras de la cultura española del siglo XX (Federico García Lorca, Miguel Hernández, Pablo Ruiz Picasso y Rafael Alberti) para afirmar que “la lucha por los ideales de izquierda no serían lo mismo sin el ejemplo de estos cuatro genios de la cultura universal” y también que “tampoco se entendería la tauromaquia sin su aportación literaria y pictórica”. Para terminar con una imagen: Lorca asesinado en el Barranco de Víznar junto a un maestro y dos banderilleros, lo que nos ofrece la metáfora del exterminio simultáneo de la cultura, la educación y la tauromaquia.

Como no podía ser menos, el libro termina con una propuesta para levantar la decaída fiesta de los toros. Es necesario que la corrida se convierta en un espectáculo que resulte viable económicamente y que despierte el interés de una sociedad

“adocenada y globalizada”. Difícil (pero no imposible) empeño el de ofrecer un evento emocionante para todos los públicos el que contempla con un decidido optimismo Eneko Andueza, un socialista que vino de Euskadi para eliminar prejuicios y para avivar la llama de la afición taurina mediante un libro magnífico y pletórico de argumentos bien pensados y bien estructurados. No hace falta decir que su lectura es con seguridad altamente recomendable y tal vez imprescindible.

Carlos Martínez Shaw  
Fundación de Estudios Taurinos

**D**ice el autor que este libro es un repaso al vínculo histórico y argumental entre la tauromaquia y el pensamiento ideológico de izquierdas, a través de unos valores compartidos y tradicionalmente unidos a lo largo de los tiempos.

Con esta idea elabora una tesis fundamentada en que la tauromaquia como patrimonio del pueblo, es uno de los mayores valores que posee, es un elemento aglutinador de la propia sociedad, un exponente identitario que ha formado parte de la tradición de la izquierda, del mismo modo que lo ha hecho de la tradición de la derecha, como parte de nuestra cultura.

Estas páginas reivindican una memoria colectiva que no debe reducirse a una cuestión política. Ha habido y hay aficionados de izquierdas y de derechas y valga para corroborarlo, el hecho que relata Indalecio Prieto en sus Memorias: Cuando a finales de 1945 Manolete llega a México, almuerza con Prieto en el restaurante de “El Nili”, antiguo banderillero de Juan Belmonte, y le pide una fotografía, en la que el torero escribió: «A Indalecio Prieto. De español a español. Manuel Rodríguez, Manolete».

Eneko Andueza describe con amenidad, como aficionado y defensor de la tauromaquia conceptualizada como elemento cohesionador, a personajes y anécdotas desde Indalecio Prieto a Enrique Tierno Galván, pasando por la Generación del 27, partidos y sindicatos obreros de izquierdas relacionados con la tauromaquia.

Destaca que el mejor símbolo y más sentido es el de Miguel Hernández, Federico García Lorca, Rafael Alberti y Vicente Aleixandre, que dedicaron sus bellos poemas al arte de la lidia. No extraña que Ignacio Sánchez Mejías fuera musa de ellos, y su muerte mitificada lloró toda una generación de poetas y pintores. Hay que añadir el nombre Pablo Picasso, entre otros pintores y escultores, y a los exiliados que se acercaban a las plazas cada vez que tenían ocasión. Tampoco puede decirse con fundamento que es una fiesta de españolismo frente a Compayns o Idígoras.

Decía Enrique Tierno Galván que hay pocos espectáculos con carácter de acontecimiento susceptible de tantas explicaciones y que posean tanta hondura como la tauromaquia. La cual manifiesta lo más profundo del sentimiento de una comunidad, al producir en ella emociones y manifestaciones que obedecen al corazón.

Sea lo escrito hasta aquí una síntesis de lo que el lector encontrará en los ocho capítulos, en los que trata, la libertad, la igualdad, la solidaridad, la justicia social, la ecología, la economía social, el internacionalismo y la cultura. A ellos acompaña introducción, epílogo, una extensa bibliografía y un anexo onomástico.

El enunciado de cada capítulo predispone al lector, aficionado o no, a considerar la tauromaquia no imbricada a una ideología. Como escribe el autor en la introducción, este libro

«no pretende ser un alegato de ninguna verdad absoluta. Es la conjunción de reflexiones personales y sucesos que han forjado

una parte de la historia política-aurina o aurina-política, si lo prefieren de este país».

«La fiesta de los toros no es de nadie y, a la vez, es de todos. De todos aquellos que quieran acercarse a ella, conocerla lejos de ideas preconcebidas, sentirla, vivirla y disfrutarla sin complejos».

La lectura de esta obra de Eneko Andueza, estoy seguro, no dejará indiferente a nadie, a la vez que quedan al descubierto muchos de los mitos que no tienen fundamento hoy, y que solo enturbian el arte aurino.

Manuel Castillo Martos  
Fundación de Estudios Aurinos

